

Extracto del libro “Un Arte Mortal. La historia oculta del Tae Kwon Do”
por Alex Gillis

En un esfuerzo por obtener influencia dentro de la dictadura surcoreana, el General Choi Hong Hi designó al creador de la CIA coreana como Presidente Honorario de la ITF; también incluyó agentes de la KCIA dentro los puestos más altos de la International Taekwon-Do Federation. Era una clásica maniobra al estilo de Choi: audaz y arriesgada, y con la violencia al acecho, pero fuera de la vista de todos. La KCIA se había vuelto un Estado dentro del Estado, lanzando cientos de operaciones de espionaje contra Corea del Norte y haciéndose muy conocida durante la Guerra Fría por la persecución sin piedad de sus enemigos, tanto reales como supuestos (con artistas marciales involucrados desde lo más alto hasta lo más bajo). Corea del Sur y la KCIA había modernizado los valores confucianos coreanos, reemplazando las ambigüedades ancestrales por enormes archivos y la adoración dinástica por el siglo moderno, y planeó muchas de las ideas legislativas del gobierno, apretó a los millonarios, espió a sus ciudadanos, y dio apoyo a teatros, a una orquesta y a un gran centro turístico. A su vez, el Tae Kwon Do modernizó a los antiguos guerreros *hwarang* transformando a los artistas marciales en espías.

Un problema, como lo veía Choi, era que la KCIA estaba acosando y torturando a sus propios ciudadanos de manera creciente. Llevar a cabo misiones contra los comunistas era una cosa, pero torturar a un político o a un ciudadano coreano simplemente porque pensaba distinto era otra. Los coreanos habían oido que la KCIA golpeaba a los ciudadanos con tubos de hierro o que los asfixiaban con toallas húmedas.

Pero Choi mantenía conexiones con la KCIA; mientras que miles de coreanos inocentes fueron encarcelados en 1966, por ejemplo, un ex director de la KCIA organizó un agasajo para Choi en una casa de *kisaeng* (geishas).

Pero Choi pronto se dio cuenta de que no podía jugar en la misma liga que la KCIA. En 1967, dos de los directivos que había designado para su organización de Tae Kwon Do, Kim Kwang Il de Alemania y Lee Gye-hoon, estuvieron involucrados en una misión para secuestrar a 203 coreanos en siete países, una operación surrealista que sacudió hasta al propio Choi.

El incidente de Berlín Oriental

Todo comenzó temprano el 17 de julio de 1967 en Alemania Occidental, donde un oficial surcoreano llamó por teléfono al reconocido compositor coreano I-sang Yun a su casa en Berlín Occidental y le pidió que se dirigiera a la embajada. Yun viajó hasta Bonn, y una vez dentro de la embajada, los oficiales echaron mano de él, lo encerraron en el ático, y por dos días lo acosaron con acusaciones de ser un espía para Corea del Norte. El compositor negó los cargos, pero los oficiales lo transportaron hasta el aeropuerto de Hamburgo y lo metieron en un vuelo de Líneas Aéreas de Japón con destino a Seúl –aunque él no tenía ni pasaporte ni pasaje aéreo–.

Mientras tanto, en Heidelberg, los rumores de coreanos desaparecidos llegaron a una comisaría de la policía alemana a través de una carta de un estudiante coreano de la Universidad de Heidelberg. La carta explicaba que el estudiante se encontraba en una “situación de K”, el hombre de la novela de Franz Kafka “El Proceso”, un libro que cuenta sobre un hombre que es arrestado, atormentado y forzado a comparecer ante un tribunal por razones que nunca logra averiguar. El estudiante coreano se sentía de la misma manera. Cuando los agentes coreanos llegaron para llevárselo, él intentó escapar y, por la manera en que lo golpearon, descubrió que sabían Tae Kwon Do. Lo metieron a la fuerza en un avión y lo despacharon a Seúl, donde la KCIA lo puso ante un tribunal para enjuiciarlo.

En Alemania Occidental, las autoridades escucharon más historias: un estudiante coreano en Heidelberg fue invitado a cenar y secuestrado; un disertante desapareció de una universidad en Frankfort; un médico, un pintor, un poeta y varios reporteros gráficos estaban desaparecidos, todos ellos coreano-alemanes. En total, más de cuarenta y cinco coreanos estaban desaparecidos en Alemania, ocho en Francia y ciento cuarenta y tres en Austria, los Estados Unidos, el Reino Unido, Australia y Corea del Sur. ¿Qué estaba ocurriendo?

Un jefe de la KCIA en Alemania, Yang Doo-wan, estaba al tanto. Encubierto como consejero de la embajada, estaba a cargo de la parte alemana de una gigantesca operación conducida por la tercera rama de la KCIA (a cargo de contrainteligencia y de atrapar espías) y la sexta rama (dedicada a juegos sucios, sabotaje y asesinatos). Yang estaba arrestando a estudiantes y artistas rebeldes, todos los cuales eran poco apreciados por el Presidente surcoreano y la KCIA. Estos eran los turbulentos 60; estudiantes en contra de la Guerra de Vietnam protestando en los Estados Unidos y Europa, la Guerra Fría llegando a su apogeo y la KCIA fabricando acusaciones de que estudiantes en Europa trabajaban de noche como espías para Corea del Norte. Yang había importado cincuenta agentes adicionales de la KCIA y había reclutado a instructores coreanos de Tae Kwon Do y mineros coreanos (quienes habían estado introduciendo de manera esporádica el Tae Kwon Do en Europa durante varios años). Había organizado que un avión llevara a los secuestrados desde Alemania a Corea del Sur, donde agentes los depositaban en Namsan, una colina arbolada en el centro de la ciudad donde se encontraba la sede central de la KCIA. El sótano de dicha jefatura estaba equipado con aparatos de tortura que podían hacer prácticamente cualquier cosa salvo convertir a los hombres en mujeres y a las mujeres en hombres.

El General Choi se enteró de que el Tae Kwon Do estaba involucrado en los secuestros masivos.